

SEGUNDO RETO DE MICRORRELATOS ONLINE

LOS RUIDOS

UNIVERSIDAD POPULAR

NOVIEMBRE 2020

EL ANCIANO BOHEMIO

Recibí una llamada de aquel sabio señor. Era fin de semana y deseaba coger unos días de descanso.

Hacía buen tiempo, empezaba la primavera, y tocaba conocer Robledillo de Gata, un pueblecito de Extremadura del que me habían hablado en varias ocasiones.

Una vez en su preciosa casa, toda de piedra, como si saliera de un cuento, el anciano me contaba sus hazañas, viajes y, en especial, su vida en el pueblo.

A sus ochenta años cortaba leña, que la guardaba en el sótano. Sembraba su propio huerto y tocaba la flauta –era todo un soñador-. Le encantaba sentirse joven y activo. «El bohemio del pueblo», lo llamaban.

Disfrutaba de cada segundo con él. El entorno me fascinaba, estaba como en una película.

Me encontraba cortando queso, un poco de chorizo, para tomar un aperitivo, cuando de repente sonó un ruido. Además, un relámpago fuerte entró por la ventana del salón. «Ese ruido suena una y otra vez», me confesó el anciano.

Tocaba ir a por más leña, y nada nos hacía pensar que esos ruidos eran los ronquidos de unos duendecillos muy buscados por los vecinos del pueblo.

Tan interesante estaba siendo todo, que incluso bromeé con quedarme allí a vivir. Deseaba ver a esos duendes, saber porqué merodeaban por allí. Aunque, por otro lado, imaginaba la felicidad que ese anciano sentía, ya que se encontraba muy solo.

Pasé un fin de semana que, ni pagando todo el oro del mundo, hubiera sido tan perfecto.

Los ruidos no siempre son cosas malas ni aterradoras.

María Borrego Mediodía

Bajo la luz de la luna de un treinta y uno de octubre, balanceándose lentamente en su mecedora, mientras apoya los pies en el saliente de la chimenea, José Miguel disfruta de un café en esas antiguas tazas marrones de cristal que tantas décadas duran.

Ochenta y seis años y una larga vida labrando la tierra, con el trabajo que eso conlleva, y actualmente es la única persona que habita de forma permanente un pequeño y recóndito pueblo de Extremadura.

Se levanta, camina lenta y angustiosamente hacia el armario, en cuyo interior se halla una radio que arrastra prácticamente la misma edad que el anciano. Mientras la enciende recuerda minuciosamente cada momento que compartía escuchando Nino Bravo junto a su mujer, ahora fallecida, Berta.

No termina de sintonizar la cadena cuando, a lo lejos, escucha extraños sonidos provenientes del desván. Con su hipoacusia leve, poca movilidad y falta de visión, decide agarrar su bastón de madera y caminar hacia el lugar donde, poco y mal, reconoce los ruidos.

Suspira, tembloroso sale de la sala de estar para dirigirse al dormitorio y rescatar sus gafas, esas que nunca cambia y a las que el paso del tiempo ha pasado factura, pero que aún conserva. Enciende la luz.

El dormitorio está más frío de lo habitual, la parpadeante bombilla otorga un toque de misterio a la situación y José Miguel se acomoda en su bata marrón, desgastada y larga para estirar su arrugada mano con uñas rotas y poder alcanzar las gafas.

Saliendo por la puerta el ruido se hace más ensordecedor e insoportable. Golpes, gritos, el anciano no concibe lo que puede estar pasando en el lugar más oscuro de la casa, pero se dispone, apoyándose en su viejo bastón, a averiguarlo.

Las escaleras le provocan dolor e hinchazón en los tobillos, y la espalda empieza a resentirse. A medida que cada escalón avanza, el crujir de la madera estalla en sus oídos, siendo aterradora la experiencia acústica en una edad tan avanzada.

Para encender la luz debe alzarse y tirar de una antigua cuerda que va atada a una lámpara que cuelga del techo, destrozando aún más su longevo esqueleto.

Y ahí se encuentra, al fondo del habitáculo, un ataúd de madera marrón, con una cruz en el centro y varios candados a los lados, moviéndose estrepitosamente intentando abrirse sin éxito alguno.

El señor, pálido, comienza a temblar. El bastón se le resbala de las manos y sus rodillas comienzan a desencadenar el doblez de las piernas.

Entonces frunce el ceño, no comprende cómo aún sigue viva...

Carmen S.C.

EL VASO DE AGUA

Una cama antigua de bronce dorado ocupaba casi toda la habitación. El estrecho espacio hasta la pared, era justo el ancho de una mesita de noche alta con un vaso de agua sobre el cristal del tablero. Hacía muchos años que lo llenaba al acostarse y aunque nunca la bebía, jamás se olvidaba de ello.

Cuando Casilda vivía, ella se levantaba a media noche y con el vaso en la mano abandonaba el dormitorio. La oía andar por la casa y a veces, cuando escuchaba con atención, los peldaños de madera que llevaban al desván, crujían levemente. Nunca se atrevió a seguirla o a preguntarle el porqué de esas visitas, se limitaba a escuchar los débiles sonidos que atravesaban el techo hasta que finalmente se quedaba dormido.

Cinco años, desde que había muerto, y todas las noches llenaba el vaso de agua. Después se tapaba con la manta, incluso la cabeza, así los pasos y ruidos que oía del piso de arriba no eran tan fuertes y le permitían dormir algunas horas, aunque algunas noches, sonidos de extraños cantos atravesaban la débil barrera de las mantas, entonces sí le costaba conciliar el sueño y se acordaba de su mujer, con ella se sentía protegido, con ella y su vaso de agua.

Por la mañana, al despertarse, miraba la mesilla, el vaso seguía allí, vacío.

Ángel Rodríguez

EL DESVÁN

Como cada tarde, sentado en su sillón, Juan miraba por la ventana y observaba el ir y venir de la gente del pueblo al tiempo que contemplaba las fotos del álbum familiar. Así se entretenía desde que murió su madre, siguiendo la costumbre de esta que le contaba los detalles de cada una. Había varias de su padre, un apuesto joven vestido de militar que se marchó al poco de nacer él y nunca más lo volvieron a ver.

Ella siempre dio la imagen de estar sola y desvalida, por lo que decidió no casarse para cuidarla. Ahora sentía el vacío de una vida yerma.

El sol se ponía como cada tarde y al anciano le acompañaba en su lenta despedida. Era impresionante esa bola de fuego que teñía el horizonte de colores variopintos y le hacía daño a los ojos.

Oyó un ruido extraño y miró al techo frunciendo el ceño; provenía de arriba.

Volvió a sonar más fuerte: parecía una máquina, una lavadora centrifugando.

Tomó su bastón y paso a paso se acercó a la escalera parándose justo antes del primer peldaño. Hacía mucho tiempo que no subía al piso alto, pues siempre había tenido aprensión al desván, una habitación grande llena de utensilios que no se usaban.

Levantó la mirada y sintió una fuerte opresión en el pecho. Volvió a escuchar el mismo ruido cada vez más fuerte, llegando a ser molesto y empezó a subir los escalones de uno en uno, lentamente, pero con decisión, hasta llegar al último peldaño. Miró la puerta del desván que estaba a su derecha y tuvo un enorme sobresalto. Estaba abierta y de ella salía una luz cegadora y brillante como si un sol estuviera dentro. Entre la luminosidad empezó a dibujarse una figura cada vez con más fuerza al tiempo que de la garganta de Juan salió un fuerte sonido gutural, ronco y potente que el hombre no reconoció como suyo. Era una pregunta: "**¿TÚ?**"

Cada vez se apreciaba con más claridad la figura de la puerta.

Juan perdió el equilibrio y cayó de espaldas hasta llegar al piso de abajo quedando allí tumbado boca arriba, muerto. La figura, envuelta toda ella en luz brillante, pasó por encima y saliendo se alejó hacia el horizonte.

Isabel Casillas

EL ANCIANO

Un anciano lee tranquilamente en el salón de su casa sentado a la mesa-camilla. Fuera, en la terraza, su perro ladra. Al tiempo, él empieza a escuchar extrañas voces de las que no sabe identificar su procedencia. Piensa en sus vecinos. Pero también son mayores, de una casa aledaña y que no están ahí, por lo que los descarta.

La hipótesis más oscura también acecha y se pasea por su mente pero no quiere creerla ni de lejos. Se mesa su larga barba blanca y sus melenas. Este intranquilo.

Deja el periódico en la mesa.

Encima de la chimenea guarda una espada de su abuelo de la Guerra mundial. La desenvaina. Recorre varios pasillos y estancias de la casa.

Sorprende al vecino, Mario, dándose el lote en el trastero con la señora Eufrosia que se ha escapado del geriátrico, harta de que no les dieran postre de vainilla y para «vivir más emociones fuertes unas noches», además.

El pasmo de nuestro protagonista es mayúsculo ante el pastel, cuan Quijote engalanado, ante la amenaza descubierta por lo que ha acabado por ser.

No hace falta decir que Mario tiene copia de la llave de la casa por su seguridad y por si hace falta tender la colada o regar las plantas. O, al revés, por si se le va la cabeza.

David Santiago Heraldo

REALIDAD O FANTASÍA

Septiembre.

Tras un verano estupendo, con los niños correteando y jugando por doquier; los baños en el río llenos de aventuras imaginarias y, por la noche, la sesión de cuentos antes de ir a la cama. ¡Cómo los vivían! Los escuchaban con auténtica devoción, como si todo estuviera sucediendo en la realidad.

Querían que fuera con ellos, pero no, yo no soy un hombre de ciudad. Estoy solo, pero el tiempo pasará ligero pensando en las próximas vacaciones.

Me quedo dormido y me despiertan unos pequeños y extraños ruidos en el doblado que rompen el silencio de la noche ¿Qué puede ser?

Me incorporo sigiloso y doy unos pasos hacia la escalera. Aunque la luz está apagada, vislumbro unas pequeñas sombras que se mueven junto a la pared, como si de una procesión se tratara. Nunca he visto cosa igual.

Poco a poco, mis ojos se van acostumbrando a la penumbra y distingo unos minúsculos personajes que avanzan. En primer lugar viene el Príncipe con Blancanieves en su caballo, seguidos de los siete enanitos. Detrás aparecen Caperucita y su abuelita, escoltadas por el lobo y los leñadores. A continuación asoman Los tres Cerditos cantarines y risueños. La fila es interminable.

¿Estoy soñando? Siento temor. Cierro los ojos. Estos seres imaginarios me están nublando la razón. En ese momento Pulgarcito abandona su lugar en la fila y habla:

«No te asustes. Tú nos has dado vida durante todo el verano. Y, como tus nietos nos han pedido, pasaremos contigo las noches de invierno»

Cele Lázaro

JOSE ESTÁ SOLO, O....

Era una tarde fría de invierno. José, un anciano de ochenta y cinco años está frente a la chimenea oyendo el chisporroteo del fuego, sus ojos se cierran. De pronto, un ruido extraño se oye en el desván. José se despierta, no sabe si se lo ha soñado o aquel ruido es real. No se mueve, pero agudiza su oído, aunque está algo sordo. A los pocos minutos, escucha un nuevo ruido. Siente miedo, pues ha habido varios robos en el pueblo y él vive solo.

Decide llamar a su hijo, el cual le dice que no se preocupe, que serán las palomas, pues últimamente hay muchas por el pueblo y el tejado del desván hay que arreglarlo. De momento, José se tranquiliza, pero de nuevo oye más ruidos, esta vez como si corretearan. Se atreve a subir y averiguar qué es lo que ocurre.

Avanza torpemente, pues José tiene bastón. Al llegar a la puerta, se da cuenta que no ha cogido el rollo de amasar, pues en este caso le vendría bien y decide poner el bastón en alto en señal de ataque o defensa, no sabe bien.

Al entrar ve a un chiquillo de espaldas, de unos doce años, y con el bastón en alto le dice: «¿qué haces aquí?» Este se da la vuelta, pero cuál fue su sorpresa al comprobar que era su nieto, el mayor de su único hijo.

—No te enfades abuelo, es que estoy buscando ropa, pues nos vamos a disfrazar en el colegio para una fiesta, y creí que no me la dejarías, por lo que esta tarde he esperado a que te fueras a dar el paseo, para entrar en tu casa.

—Me has decepcionado. Creí que nuestra relación era buena, que había confianza. Una de las cualidades que tiene el ser humano es la de comunicarse, pero para hacerlo, debemos hacerlo con libertad, y aceptando las consecuencias que ello pueda tener. Tan malo hubiera sido —prosiguió José— no decir nada y no vestirme, como lo que has hecho, que ha sido buscar la ropa a escondidas. Si en la vida quieres algo, pídelo, te lo darán o no, pero tendrás la tranquilidad de ir de frente y la fortaleza de aceptar la respuesta. Ten siempre esto presente. Y ahora, coge la ropa que necesites. ¡Ah! y no te olvides de invitarme a la fiesta.

—Por favor, abuelo, no le digas lo ocurrido a mi padre. Seguro que me castiga sin salir este fin semana y tengo un cumple.

—¿Crees que te mereces un castigo?

—Creo que sí, abuelo.

—Pues entonces serás tú mismo el que se lo comentes, pero no olvides decirle lo que has aprendido.

Pasados unos días, José y su hijo hablaron de lo ocurrido. El hijo le dio las gracias a su padre por lo que le había dicho a su nieto. Pues este confesó todo lo que había asimilado en esta experiencia, prometiéndole a su padre que nunca actuaría con miedo. Pues el miedo paraliza y nos quita libertad.

Desde aquel momento, la relación entre el nieto y el abuelo mejoró, siendo desde entonces, un consejero para él.

Flor Bermejo Tato

DICIEMBRE...

Un sillón desgastado por el tiempo abrazaba el cuerpo cansado de Nico, así le conocían todos en aquella pequeña aldea de la sierra.

Era una fría mañana del mes de Diciembre. Sus ojos pequeños y arrugados miraban por la ventana cómo la nieve cubría todo mientras el silencio se apoderaba de esa bonita casa remodelada por el anciano con mucho mimo y cariño a diario; silencio que se rompió por un pequeño tintineo que venía de muy lejos, al menos así lo escuchaba él con sus casi noventa inviernos, muy lejos... No quitaba la vista de la ventana, pero tampoco dejaba atrás ese sonido que le llevó a levantarse del sillón. Abrió la puerta de la calle a ver si venía de allí y era tal el viento que hacía que le costó volver a cerrarla. «Será el viento golpeando algo lo que produce ese sonido», pensó el anciano.

Pero no llegó a sentarse y cada vez escuchaba más alto el <tin tin> que le hizo acercarse a la puerta del sótano que, por cierto, hacía meses que no bajaba porque las cuatro escaleras que había le parecían toda una proeza, no tanto bajarlas sino el subirlas después. Pero la curiosidad de saber qué era aquello le hizo pensar que tenía el oído más fino de lo que creía, le llevó a agarrarse al pasamanos y bajar descansando entre cada escalera.

Abrió la puerta solo un poco para cerciorarse y una luz iluminaba todo el sótano.

El tintineo se paró. Todas las máquinas que allí había cesaron de trabajar y todos los duendes dejaron de fabricar juguetes. Entonces la memoria le vino de repente para recordar que dentro de veinte días tendría mucha faena y que ahora debía descansar y dejar a sus duendecitos terminar el trabajo. Así que cerró la puerta, se volvió a agarrar al pasamano y se dejó abrazar por el desgastado sillón, miró de nuevo por la ventana cómo caía la nieve y siguió escuchando el tintineo, esta vez ya no tan lejano.

Ahora, Nicolás tenía que descansar, que la noche del veinticuatro de diciembre estaba cerca...

Remedios Mogedano Palomo

LOS RUIDOS

La cena está lista. Un tazón de leche y un trozo de pan esperan.

Javier pasea alrededor de la mesa y no se decide a empezar, su soledad le va consumiéndolo.

En ese momento escucha unos ruidos que salen del sótano, tiene dudas y espera.

Vuelven a sonar, y decide bajar.

En ese momento suena la vieja gramola y sus acordes van llenando el aire con la canción favorita de su esposa.

La música le hace temblar y sigue bajando la escalera.

Al llegar, ve una mesa vestida de gala, como cuando vivía Silvia, “su esposa”. Al entrar la ve sentada esperando su llegada.

Javier no puede articular palabras y se acerca a ella, sin entender nada.

Se abrazan como en los viejos tiempos.

Cenan, beben y recuerdan su pasado y recrean los momentos más bellos de sus vidas.

Lo mejor de la noche es volver a sentir el calor de sus cuerpos.

Pasaron las horas y el sueño los vence.

Por la mañana, Javier baja a la cocina y observa que la hoja del calendario es del mes anterior, la quita y en la siguiente vez, día 1 del mes de Noviembre, se apresura y va a su encuentro.

En el camino compra el ramo de rosas más bello que, como todos los años, no puede faltar a su querida esposa en el Campo Santo.

En la noche de ánimas, los muertos se adueñan de la mente de los vivos.

Joaquina Campón

RUIDOS EN EL SÓTANO

Desde que murió Petra, la casa dejó de ser para Cosme ese sitio impregnado de orden y olor a puchero. Dejó de ser ese remanso de calma donde cobijarse, el hogar al que uno vuelve sabiendo que, al otro lado de la puerta, te espera una mano tendida, una dulce compañía que te ayuda a sobrellevar el peso de los años y comparte contigo esa soledad que sienten los viejos cuando el nido se va quedando vacío.

La desgana había hecho mella en aquel anciano; le daba igual que la desidia se hubiera instalado en su casa y campara a su antojo invadiendo todas las estancias. Ya ni se ocupaba de partir la leña y almacenarla para el invierno que se avecinaba, ni de recoger las últimas calabazas desperdigadas por el huerto.

Hacía días que en sus noches insomnes había creído oír ruidos en la parte baja de la casa. Sería algún gato a la caza de ratones, pensaba. Desde que no bajaba a poner orden en aquella sala oscura, intuía alimañas disfrutando del espacio. Pero una de esas noches, un tremendo estruendo le sobresaltó: de un brinco salió de la cama, cogió una linterna y su cayado y se dispuso a bajar las escaleras que conducían al sótano. Todo estaba en silencio. Sólo se oía su fatigosa respiración; parecía que cada trasto estaba en su lugar. Al darse la vuelta para regresar, el haz de luz de la linterna se enfrentó a unos ojos asustados que intentaban cobijarse debajo de la albarda apoyada en la pared.

— ¿Quién anda ahí? —gritó Cosme blandiendo su cayado.

— ¡No me pegue, señor! —contestó una voz temerosa mientras salía de detrás de la albarda un joven, de no más de 15 años, con las manos levantadas —Me llamo Alí. ¡Tengo hambre, señor!

Y sin saber por qué extraña razón, Alí ocupó, desde ese día, el lugar que Petra dejó vacío en el corazón de Cosme.

María J. Llanos

LA INDECISIÓN

Ismael vivía solo en su casa de campo desde que falleciera Isabel, su esposa.

Hacía tiempo que oía ciertos ruidos en la buhardilla y en el sótano al unísono. No se atrevía a bajar a un sitio ni a subir al otro ante la duda de la conveniencia o no de desplazarse a cualquiera de los dos orígenes de los extraños sonidos. En el fondo, en los últimos días, no vivía para otro asunto que intentar tomar una decisión al respecto y eso le mantenía atento cada día de su ancianidad.

Cuando sus hijas le visitaban y hablaban con él del asunto le aconsejaban que inspeccionara ambos lugares y así saldría de dudas. Él siempre les contestaba que no quería arriesgarse por si en cualquiera de ellos pudiera acechar algo peligroso.

Fue la hija menor quien le dio la solución: como los ruidos se producían durante la mañana, mientras se oían, podría aprovechar para dar un paseo por los alrededores de la casa y quizás al llegar habrían desaparecido. Además, haría un ejercicio que le vendría muy bien para mantenerse más ágil.

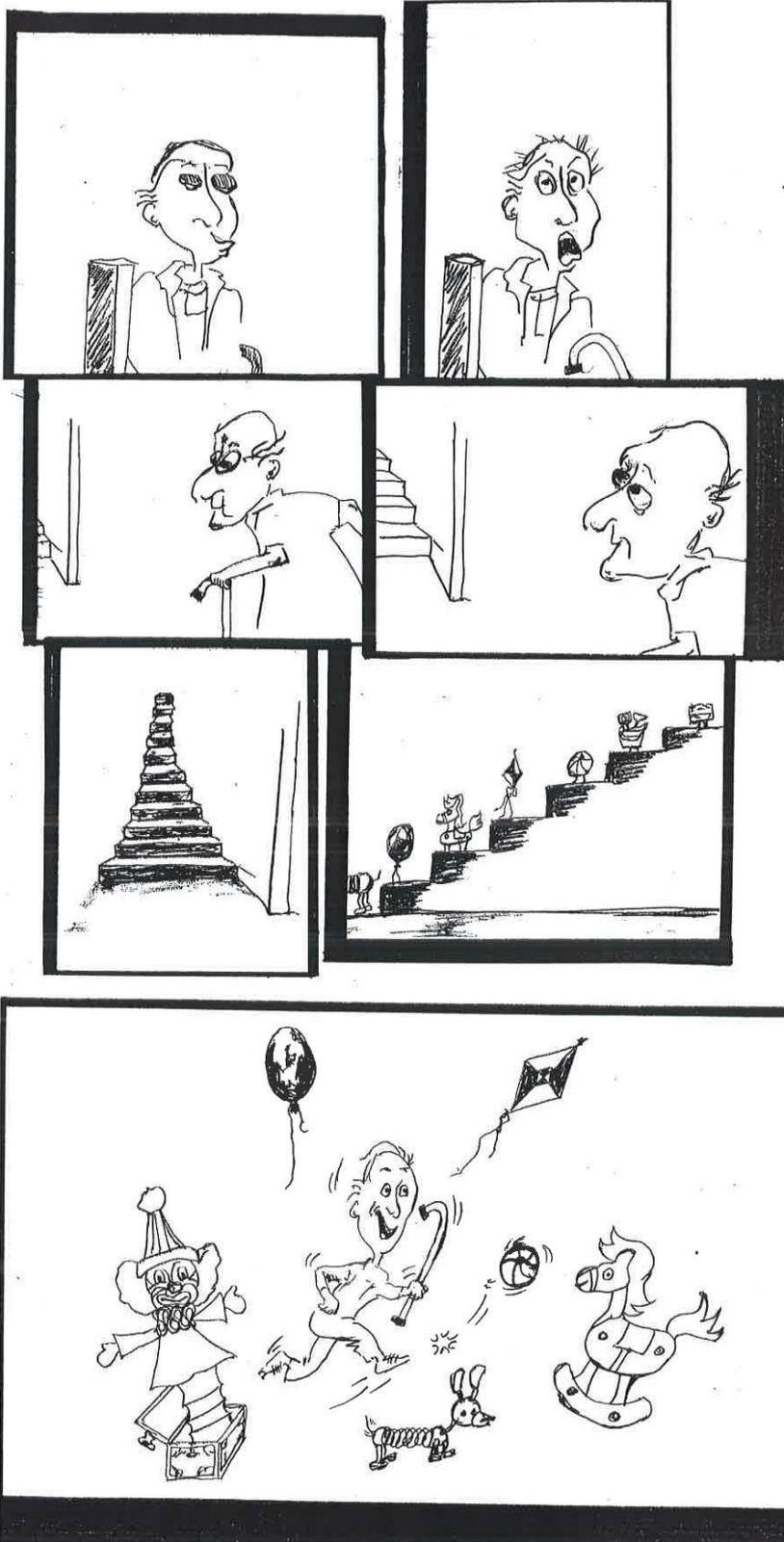
Así lo hizo y, en efecto, al regresar ya no se escuchaban, volviéndose a reproducir a la mañana siguiente y a la misma hora. Gracias a esas caminatas forzadas por las circunstancias, la salud de Ismael se mantenía en buen estado.

Mientras el anciano caminaba, su hija entraba en la casa y reprogramaba las grabaciones del sótano y la buhardilla, convenientemente ocultas, para que actuaran en el momento justo y se detuvieran poco antes del retorno del paseante.

Por supuesto, Ismael nunca se atrevió a averiguar la causa del fenómeno y ello alargó su vida de manera ostensible.

Vicente Rodríguez Lázaro

Relato Gráfico



Son
como
niños

Abraiz Kustavillo

MIEDO

Muchos años y mucha rutina. Las mañanas cortas, las tardes y noches muy largas y todas las horas igual de solo.

Mira el campo a través de la ventana como si buscara entre los olivos del paisaje a la persona perdida.

Se sienta y abre el álbum de fotos. Moja en la boca el dedo corazón derecho y, como un ritual y sin mirar, pasa las hojas. Cierra el álbum, lo besa y lo guarda en el primer cajón del mueble.

Así todos los días.

Una mañana de domingo despertó en la cama y sin ganas de levantarse, oyó un ruido y se asustó. Sobresaltado cogió la bata, se puso las zapatillas y salió del dormitorio. Buscó una linterna y enfocó a los rincones del salón, todo estaba perfectamente descolocado como la noche anterior. Fue a la leñera, bajó con cuidado los cuatro escalones, enfocó la luz hacia el rincón de la leña. Estaba desparramada. ¡Ese era el ruido! Colocó el tronco más grande y cuando iba a poner otro encima, se asustó.

Entre los leños brillaban unos ojos grandes que al verle retrocedieron. Reaccionó y lo acarició. Era un perrito callejero de pocos meses. Cogió un jerséis viejo, lo arropó y dándole su calor le dijo «*no tengas miedo seremos amigos*».

TSolís

TANTA PAZ

En los últimos años había terminado de sepultar el mal carácter que siempre vistió como coraza para ahuyentar a los demás. Ahora su mirada suspicaz y agresiva se había transformado en un nido de plumas tibias. Solterón por pereza y por falta de vocación para otra cosa, llevaba tiempo retirado de sus obligaciones laborales, que lo habían sido todo, y vivía envuelto en la monotonía tranquila del final del otoño y de sus sombras.

Pasaba la noche junto a la chimenea, acompañado de un buen libro y de su güisqui favorito, cuando un sonido extraño que provenía del suelo del salón le hizo pensar en la aventura que siempre había ansiado. Puso atención, por encima de la música monocorde que emitía el péndulo incansable del reloj de pared, y distinguió sin esfuerzo el canto suave de una voz juvenil. No tenía miedo, hacía mucho que había decidido enterrar sus temores más inconfesables bajo las losas gruesas de la memoria.

Se apoyó con firmeza en su bastón y se dirigió hacia el origen del misterio. Encendió la luz del sótano y las escaleras polvorientas le invitaron a sumergirse entre los recuerdos que allí atesoraba. Junto a la estantería del fondo, un muchacho de apenas quince años le sonrió en una vieja fotografía. En ese momento vio huir, por el ventanuco que daba al jardín, a la familia de fantasmas que le había atormentado en otra época.

Algo en su interior le dijo que había firmado la paz consigo mismo y que, destrozadas las amarras, había llegado el momento de prepararse para el viaje.

Víctor M. Jiménez Andrada

Esta mañana empezaron los ruidos mucho antes. Calculó que alrededor de las cinco de la mañana, por el tiempo que llevaba despierto hasta que consultó el despertador de la mesilla de noche. Se quedaría acurrucado entre las sábanas hasta que el día clareara. En la cama el dolor de estómago se suavizaba bastante. No haría por dormirse de nuevo, nunca lo conseguía.

Tenía perfectamente identificados los sonidos. Eran tres golpes acompasados, como si dos objetos metálicos chocaran entre sí. Luego se hacía un silencio, de caprichosa duración, y, más tarde, de nuevo esos tres golpes. Casi contenía la respiración entre secuencia y secuencia para no perderse ninguna de ellas. Los contaba, por si cambiaba el número. Nunca variaba, eso sí, siempre eran tres. Hoy hacía una semana que empezaron. Los oía durante todo el día, hasta bien entrada la noche. Había una pausa de cuatro o cinco horas en la madrugada, o tal vez dejaba de escucharlos vencido por el sueño.

Ya había trasteado la casa varias veces intentando descubrir el origen de los golpes. Si buscaba en el desván del piso de arriba, parecía que provenían de abajo; si iba al sótano a inspeccionar, los golpes se oían en el piso de arriba. Al tercer día decidió no indagar más. Había aprendido a convivir con ellos. Además, no solo no le molestaban, incluso se sentía acompañado. Mucha casa para un hombre solo.

Tenía hambre, se calentó el café en el microondas. Bebió lentamente. El primer trago siempre le caía en el estómago como una mordida de perro. Se sentó y respiró hondo para aguantar el dolor.

Cuando se recuperó inició el ritual de aseo. Frente al espejo del cuarto de baño fue sacando uno a uno los aperos para el afeitado. Sin ganas. Cogió agua caliente en el lavabo. Se tomó unos segundos para inspeccionar su cara. Consumida, demasiadas arrugas bajo las oscuras ojeras. Detrás de él le deslumbró un brillo. Algo metálico golpeaba la barra de aluminio de la cortina de la bañera. Ahora sí la vio con claridad. Era una guadaña. Dio sus tres golpes y se hizo el silencio. No sintió miedo. Hacía tiempo que la estaba esperando.

Ángela Velasco Bello.

EL PALOMAR

“Hoy siento el palomar un poco revuelto. Desde que me he levantado ~~que~~ no han cesado de moverse. Es época de apareamiento y los palomos deben estar con un celo tremendo, jejeje, las palomas son unas jodías para esto del apareamiento. Cuando están así es mejor no subir, les rompes el ambiente y pueden volverse incluso un poco agresivas contigo. Eso me lo enseñó mi abuelo cuando yo aún no levantaba dos palmos del suelo y siempre lo he recordado. Pero lo cierto es que hoy están más revueltas de lo normal, esos ruidos no son los habituales. Después, con calma, subiré a comprobar que no haya caído alguna jaula y de paso les daré comida, ahora tengo que ordeñar las cabras y cada cosa a su tiempo. Estoy un poco cansado, pero trabajar el campo y los animales siempre ha sido mi pasión, la de mi bisabuelo, la de mi abuelo, mi padre, y ahora mi hijo y mi nieto, pero yo aquí aún, al pie del cañón controlándolo todo. ¡Rejoías! ¡Vaya festival de ruidos llevan hoy, pánico me da lo que veré cuando suba!”

- ¡Papá!

- ...

- Papá, son los vecinos de arriba que se vienen a disculpar por si hacen hoy mucho ruido debido a las obras, que dicen que cuando acabe todo nos invitarán un día a una buena cena para compensarnos las molestias. ¿Qué te parece?

- ...

- Papá, es una buena idea, ¿verdad? ¿Has visto qué amables son?

- ...

- Lo siento, chicos. Os agradezco mucho el detalle de bajar a avisarnos. Pero no se lo tengáis en cuenta. Desde que nos trajimos a papá del pueblo por el ictus, me da la impresión de que no ha salido de su mundo interior. Apenas conversamos con coherencia. En fin, mejor que esté aquí en la ciudad conmigo que solo en el pueblo.

Me está empezando a mosquear tanto alboroto arriba, o las palomas se dejan montar o subo yo y me las monto yo, ¡carambainas! Si por lo menos mi hijo estuviera hoy aquí podría ir a poner un poco de orden en el palomar mientras yo me debo a las cabras, pero ese chaval es un perdido, le importa nada todo eso y mucho menos le importo yo. ¡Qué triste todo! Con mi padre todo era distinto, nos entendíamos y nos ayudábamos mucho, hasta que aquel golpe en el palomar le dejó sin memoria, y tuve que cuidarlo y olvidarme de parte de la casa. ¡Qué triste que le pase eso a un padre!

- ¡Qué triste ver a mi padre así, me da pena! En fin, gracias de nuevo, os acompaño a la puerta, y no temáis por los ruidos. ¡Ya veis!

¡Cagüenla! ¡A que subo! ¡Me están desmontando el palomar!

Jordi Fornos

RUIDOS

De nuevo esas condenadas ratas. De nada sirven las trampas. Corretean mientras duermo para castigarme. Roban el poco sosiego que me queda. Escalan por las oquedades de las paredes y se dejan caer a plomo contra el suelo.

Y las termitas. Están furiosas. Devoran las vigas de madera y el cerco del ventanuco. Pronto comenzarán conmigo. Con mis años y **mi** impaciencia. Se darán un banquete con mis ojos ya ciegos y mis manos ajadas. Todo se vendrá abajo.

Las cucarachas roen el papel. No paran, de un lado a otro. Las escrituras de la casa, los diplomas, nuestras cartas de amor tan lejanas.

Desde que te marchaste, la casa está maldita.

Todo es silencio, querida. Eco de silencio. Silencio.

Solo las noches se agitan sobre mi cabeza para no dejarme descansar. Para que recuerde que tuve la culpa. Viejo egoísta. Y para que no olvide que hiciste bien en abandonarme.

Soledad García Garrido

RUIDO DEL OLVIDO

En el desván, ruido.

Sordo ruido.

Temeroso ruido.

Frente al espejo, viejo y anciano ruido.

Soledad.

Tristeza y olvido, eco de mi ruido.

Estruendo de locura, resonancia de chillido.

Viga con chasquido, soga y crujido.

Muerte ya has venido.

Silencioso ruido.

Valiente ruido.

Ruido del olvido.

Gemma Montero Ortega

EL REGALO

Hacía ya varios días que los ruidos se repetían con insistencia.

Subir al desván, sin embargo, le parecía toda una proeza que se sentía incapaz de realizar. Tras algún día más de desasosiego, se dirigió hasta las escaleras, pisando despacio, peldaño tras peldaño con la ayuda de su bastón, entre jadeo y jadeo.

El sol entraba con toda su plenitud por el ventanal desvencijado del desván. Algunas telarañas colgaban del techo, también entre los muebles y las paredes. Al fin la vio: la gata Flora abrazaba a su prole con ternura entre las cajas de cartón arrinconadas en la oscuridad. El animal lo miró con una mezcla de desafío y, a la vez, de búsqueda de aprobación. Flora llevaba algunos días con él.

Su dueña, la señora Inés, la vecina, había fallecido por el coronavirus hacía unos días. Él comenzó a cuidarla y a echarle de comer, aunque ella salía y entraba a su aire, sin mucho apego hacia su nuevo dueño. Lo que él no imaginaba era el regalo que traía consigo.

Día tras día, subió el anciano las escaleras, como escalando una montaña que se hubiera instalado en su hogar. A pesar del ahogo y el cansancio, cada mañana, al despertar, iniciaba su ascenso sonriente, con una alegría infantil y recién descubierta, para coronar ese encuentro con la vida.

Pilar Alcántara

LA ANGUSTIA

Desde que murió María, Antonio vivía solo en el enorme caserón a las afueras del pueblo.

A penas se comunicaba con nadie. Salía lo imprescindible para comprar algunas cosas mínimas. Se abastecía de lo que le proporcionaba su huerto, sus cabras y sus gallinas, llevando una vida austera y frugal.

Prácticamente no tenía relación con ninguna persona del pueblo. Solo el médico le veía de vez en cuando porque estaba empeñado en pasarse por la casa cada quince o veinte días. Pero el médico no contaba, no había nacido allí. No sabía nada de la historia de Antonio. Pero ¿acaso alguien la sabía realmente? ¿Y qué partes de esa historia eran reales o solo estaban dibujadas de nuevo tras los recuerdos depositados en los recovecos de su mente?

La sonrisa de María, sus manos, su serenidad, los años compartidos. Solo existía eso en su pasado.

Sin embargo, algo vino a alterar la vida solitaria que le rodeaba. Cada día, al filo de la medianoche, un golpeteo seco le despertaba invariablemente. Los golpes venían del desván. Eran monocordes y rítmicos y duraban cerca de una hora. Antonio se tapaba la cabeza con las sábanas y querría no oírlos, pero los sentía. Cuando el ruido cesaba ya no podía volver a dormir.

Y así un día tras otro, una semana tras otra...

Muchas veces pensó en levantarse y subir las escaleras con determinación, pero ahí seguía, escondido entre las sábanas, sin querer enfrentarse a su pasado, a su conciencia.

Por fin, una noche clara de otoño ya no pudo resistirse y decidió que no podría seguir sosteniendo el peso de la culpa. Ni un día más. Subió las escaleras dispuesto a abrir la puerta y enfrentarse a la realidad, pero el miedo se impuso, y sin pensarlo dos veces, se tiró por la ventana más alta.

Cuando el doctor encontró el cuerpo sin vida de Antonio, ya habían pasado seis días. Una puerta mal cerrada golpeaba de forma rítmica y monocorde una y otra vez.

Concha Ibáñez Montero

AMOR LATENTE

La locomotora Mikado bufaba en su entrada por el andén primero de la estación y sus bielas ansiaban una tregua en su esfuerzo por remolcar aquella mole del tren expreso. El vapor a presión ahuyentó a los más curiosos arrimados a las vías.

Desde sus asientos de madera Luís y Carmen veían, a través de la ventana de su departamento, el campo de encinas que engrosaban el nudo en sus gargantas por la emigración y desarraigo que suponía ese viaje. Sin hijos. Solo sus maletas por compañía.

Una vez más, se intuía esa frontera abriéndose a los españoles. Tras ella, el trabajo duro de más de veinte años; con sus divisas como alimento, engordando el desarrollo de un régimen que los expulsó.

Como emigrantes retornados, vivieron cierta alegría pero con ese lastre que supone el pasar un tercio de sus vidas infiltrados en otras costumbres. De ahí que en adelante sostenían esa soledad compartida, llevadera, pero que venía a horadar sus vidas sin remedio. Un cúmulo de palabras y acciones inconexas de Carmen hizo un día saltar la alarma. Desde entonces necesitó ayuda y fue ingresada en una residencia. Ahora Luís no compartía nada. Solo el huerto le daba un poco de oxígeno, pero no lo libraba de cierto resuello al cruzar el umbral de su casa.

En la cabeza de Carmen se gestaba un monotema cada día: que su marido la engañaba con otra mujer. Así hasta que murió.

Una tarde, en su butaca, escuchó Luís un ruido en el desván y se acordó de aquella vez que tuvo que poner trampas para los ratones, pero esto era distinto. Decidió subir, abrió la puerta y encendió la bombilla empolvada de escaso voltaje que colgaba de un cable. Con cuidado avanzó para salvar el techo en su parte inclinada, y, al fondo, brillaba una claridad extra e inusual. En una de las sillas, con asiento color burdeos y listas blancas, que no llegaron a tapizar, Carmen, sentada, posaba sobre sus rodillas una caja de latón repleta de fotografías; buscaba y rebuscaba, apartaba. Al fin cesó en su empeño cuando tuvo en sus manos aquella foto, un poco agrietada por el tiempo, de un grupo de amigos en su juventud, una tarde de verano, todos sobre un canchal, a orillas del río.

Entonces contempló ensimismada cómo cada uno tenía su mirada perdida o fija en el objetivo de la cámara, excepto la de aquella rubia de rizos y ojos claros, que se cruzaba con la de Luís.

Detalle, por cierto, nunca observado.

José Antonio García Feria

EL CORAZÓN DELATOR. EDGAR ALLAN POE

A tío Juan nunca le gustaron los cementerios, pero este año ha tenido que ir. En enero hace el año tía Manuela y han venido todos a los Santos. *“Como si tuviera yo que ir allí para acordarme de ti, si te tengo presente en casa todo el día ¡Ojalá me hubiera ido yo antes!”*

Tío Juan se pone muy contento cuando vienen los muchachos y se pone todavía más contento cuando se van. *“Y mira que disfruto yo con el Diego. Si tú lo vieras Nela. Casi ni se ha acordado de la puta maquinita el “joío”. Se ha traído un cuento de esos de miedo del “Jolagüin” y nos hemos pasado el día leyendo”*. El que lee es el niño claro, porque él escasamente aprendió las cuentas y a escribir su nombre. *“Eran otros tiempos, no me vagaba ir a escuela. Tú sí que leías bien, estabas deseando acabar los oficios para ponerte con esos tochos, cuanto más gordo mejor, y a mí ni caso en toda la tarde”*

Llega el domingo y por fin se van. A la Manoli le cuesta dejar solo a su padre. Le queda la casa limpia, comida para toda la semana y una retahíla de consejos que tío Juan no escucha:

-No te vayas a pasar la tarde durmiendo en el banco, Papa, que luego dices que no pegas ojo y que te sueñas. Y la cena te la calientas y te la pones en un plato como las personas, y no te metas en la cama con los calcetines que tienes puestos todo el día, que eso es una guarrería, ¡si te viera Mama!

En cuanto arrancan cierra la puerta y se sienta en el banco, *“solo un ratino”*, a disfrutar del silencio. Se queda profundamente dormido y cuando se despierta ya es de noche. Tiene hambre, así que se calienta la cena, se la come en el mismo cazo y deja todo encima de la mesa.

No le apetece ver la tele *“Que gasta mucha luz”*, así que se va a la cama. Por su puesto tampoco se cambia los calcetines. *“Los viejos siempre tenemos los pies fríos coño. Tu no, tú siempre los tenías calentitos y a mí ahora ya no me entran en calor ¡Ojalá me hubiera ido yo antes!”*

Aunque tío Juan ya va estando sordo, en el silencio de la noche empieza a oír un ruido. Viene del sótano. Es un zumbido de algo que ronronea. Al ponerle atención parece que se para, pero al momento suena más fuerte, gangoso, martilleante. Le vienen a la cabeza los cuentos de Diego. Había uno que era de un loco (¿o no está tan loco?) que cuidaba a un viejo y lo mataba porque no podía soportar que lo mirara con un ojo asqueroso que tenía. *“A mí no va a venir a matarme nadie, Nela, que yo tengo los ojos perfectamente, para eso te empeñaste tú en que me operaran las cataratas. Esto son los nervios, ves, ya se ha callao”*

Trata de tranquilizarse y dormir. Pero el sueño le huye. El recuerdo del cementerio se le mezcla con las historias del niño. Y otra vez el maldito ruido vuelve. Ahora palpita por toda la casa cada vez más cavernoso. *“Parece el latido de un corazón. ¡Ay, Manuela!, ¿eres tú que vienes a buscarme?”*

El miedo le paraliza. El zumbido es ya un estruendo, se tapa la cabeza con la almohada para no escuchar, como cuando era chico y oía a los lobos aullar en el monte. El corazón se le quiere salir del pecho al compás del horrible tamborileo. Como el latido del viejo en el cuento. En su cabeza aparece el loco (o no está tan loco), Manuela, el cementerio, el cazo, las flores, los calcetines, el niño, la Manoli, las tumbas, y grita: *“Manuela, Manuela, Manuela”*

Entonces un pitido familiar, tan agudo, tan molesto, tan fuerte que ha hecho callar al ruido maldito. Se para y le sigue un pequeño chasquido y la voz de la Manoli, tranquilizadora se extiende por toda la casa:

-Papa, papa, ¿es que no oyes el teléfono?, seguro que ya estás dormido en el banco y no son ni las ocho. Despiértate hombre, que luego no pegas ojo. Oye, que dice el niño que se ha dejado ahí la maquinita. Está puesta en el enchufe del sótano, la tienes que haber oído porque cuando se termina de cargar suena mucho para que la desenchufes. Mira a ver se si le puedes dar mañana a alguien que venga para acá y se la traiga que....

Tío Juan ya no oye más. Se levanta de la cama descalzo, baja al sótano, desenchufa la máquina, friega los cacharros y se cambia los calcetines.

“Menudo susto Nela, si es que me tenía que haber ido yo antes”

Belén Gómez Sánchez